

ta  
li-

EN EL CEBORUCO

VIA

## EN EL CEBORUCO

### I

#### LA ALDEA NEGRA



**A**L salir de la cañada de El Monte de los Cuartos, avanzan á la izquierda sus últimas eminencias meridionales y se alejan del camino; yérguese lejuelos, á la derecha, el cerro volcánico de San Pedro de Lagunillas, y aparece al frente, en el horizonte, descubriendo sus más altas cimas y sus occiduos declivios, el volcán de El Ceboruco, que levanta su cresta culminante á mil quinientos sesenta y dos metros sobre el nivel de Tétitlán, población la más baja de las que se asientan en torno suyo; prolonga sus vertientes dos y tres leguas, y dilata su anchísima base en una circunferencia de diez y seis.

De las cumbres entre las cuales abre sus dos cráteres centrales, vemos desde allí cuatro juntas: la de Las Puertas y la de Los Encinos, que forman al norte y al oeste la sáxea mole del volcán; la de La Coronilla que, aunque la forma al oriente, se ve

desde aquellos puntos cardinales, porque campea de todas, y una fumorola cónica de las tres que separan ambos cráteres. No descubrimos aún la cumbre oriental de Ahuacatlán que es menos elevada, ni la sud-occidental que en el período de erupción de 1870 á 1875 se formó, como las anteriores en los cuatro periodos precedentes, por el amontonamiento, en aquel antes profundo valle, de los basaltos, las lavas, la ceniza y las piedras pez y pómez lanzadas en ignescencia, del seno de la tierra, á tanta altura y á tan enormes distancias, por las fuerzas plutónicas en actividad y lucha.

Al arrojar el volcán sus lavas y cenizas, han aparecido en torno de aquellas primitivas alturas otras inferiores. El Tequepexpan, El Molcajete Grande, El Molcajete Chico, en cuyas cimas también hay cráteres, y las Lomas del Destiladero, á cuyo pie se asienta Tetitlán, se apoyan en las cumbres de Las Puertas y de Los Encinos, elevándose á mil, á novecientos, á setecientos y á seiscientos metros, respectivamente, sobre dicha población; pero no se les percibe todavía distintas, no se advierten desde lejos su separación ni su forma, y sus lineamentos se confunden con las sinuosidades sombrías de los ramblazos. Vemos una mole nada más, muy vasta, negruzca y cinérea, rematada en cuatro crestas y hendida por los derrubios de las aguas correntías en mil barrancas que á distancia parecen pliegues de un manto fúnebre con que hubiese sido cubierta una pirámide egipcia.

Avanza hacia el poniente en extensión conside-

table aquel hacinamiento de escombros, donde forman laderías los rimeros de ceniza, y parece que éstos se desmoronan, que se ha de hundir la planta al repechar por ellos, y que sus pelotones se han de deshacer al tocarlos. Herbece en algunas mesetas, pero escasamente, y la aridez del escueto monte contrasta con el verdor de la vecina sierra y de los campos que á su pie se dilatan. Entre aquel informe montón de ruinas, bañado por el sol poniente, y ensombrecido á trechos por las nubes que pasan, sobresalen algunos picos de rocas apagadas y detenidas á medio hundirse en la ceniza; blanquean las piedras pómez, y el resol las abrillanta.

A lo largo del volcán y en medio de la parte occidental que nos muestra, sube hasta la cumbre una fila de lavas, figurando gente en camino para los cráteres, que se encorva, levanta la cabeza, alarga los brazos y estira las piernas haciendo esfuerzos por trepar. Entre las crestas donde termina ese espinazo de rocas comenzó á salir un vapor blanquecino y rastreo que á *Duralis* parecía retal de nube; pero el desaparecer y remanecer muchas veces en el mismo sitio, y la ausencia de nubes cerca del volcán, pues las que ensombrecían el teso estaban muy altas, le persuadió de que el monstruoso gigante que nos tenía embelesados daba resoplidos y echaba bocanadas de vapor, de las que, á la postre de veinticinco años de estar aletargado, aun suele arrojar por las fumorolas.

Al descubrir ese ingente caos de escorias, vemos

también, á distancia de su falda occidental, las arboledas de Chapalilla y Santa Isabel, entre las que colorean los tejados del primero de esos aldeorrios y blanquea la capilla del segundo. En medio de ambos, se esconde en la frondosidad el de El Torreón. Caminamos hasta Chapalilla teniendo siempre á la vista las vertientes y mesetas del volcán, donde el sol hace resaltar aquellos contrastes de rocas negras, tierra cenicienta y piedras albarizas, al paso que las nubes que se van acumulando encima de las cúspides las oscurecen con un tinte azulino.

Entramos en Chapalilla, y una loma herbosa, de altura y forma iguales en toda su longitud, que se eleva á medida que la carretera desciende suavemente al caserío, nos oculta el volcán.....

Hemos atravesado sin detenernos ese lugarejo, y, á poco andar, el camino se vuelve polvoroso y tapetado: lo cubren cenizas que ennegrecían el ambiente durante las erupciones.

Termina el cerrejón. A uno y otro lado de la negra estrada hay panizales entre liños de árboles corpulentos y vallados que flanquean el camino, y á través de la espesura de aquéllos y de los crecidos arbustos valares se vuelve á ver el volcán sumergido ya en sombra azulosa: sus cumbres aparecen más altas, los yacimientos de ceniza y piedra pómez más extensos, las ramblas más abiertas y los debazaderos más pendientes; el monstruo colosal más desnudo y sombrío en medio del campo y junto á la gándara que verdeguean lujuriosamente.

La carretera continúa bajando hasta El Torreón, donde también desaparece El Ceboruco detrás de otra loma distante de nosotros. Cruzamos por el caserío, alineado á derecha é izquierda del camino, y volvemos á descubrir el volcán, más cercano, más negro y cinérico, salpicado de blanquinosa piedra pómez. El sendero se ennegrece aún más, si bien pierde su obscuridad en las quiebras, donde las corrientes han arrastrado la gruesa capa de ceniza y descubierto rocas blancas y azules.

Cuando franqueamos La Puerta de Tetitlán, distante de la aldehuela de este nombre como dos kilómetros, otro cerrejón que viene desde El Monte de los Cuartos nos encubre El Ceboruco, hasta no verse de éste más que las cimas, un tanto veladas por la lluvia que aun no desciende al valle. El sol se ha puesto: llega hasta nosotros el viento de las montañas impregnado de vapor de agua, nos trae un rocío finísimo y un hálito que refresca y alegra, y la placentera sensación de su oreo calma la fatiga de los que todo el día hemos caminado al sol. Crece el encanto de aquella extraña naturaleza: la vegetación se agiganta y enmaraña: lucen los ficos y abies su tronco robusto y su follaje airoso, y entre éstos y las cercas medio ocultas por arbustos frutescentes se apiñan los cimbreños y sonantes cañizales, que agitan sus espigas y las hebras de oro de sus mazorcaas tiernas. Aquella flora lozana y vigorosa en que se multiplican los jazmines silvestres, las acacias, los hibiscos y las yedras despliega sus estivas pompas en un campo

atezado, que parece recientemente ardido, y negrean entre la verdura los surcos y caballones, las albarradas y el grueso polvo de la carretera.

Un ancho arco de piedra volcánica, sobre el cual corre agua, da entrada en Tetitlán. La población, con sus negras casas de adobe sin enlucido, las negras cercas de sus corralizas y los negros arenales y empedrados de sus callejuelas, está sombría y melancólica, aún en medio de su brillante vegetación y de la algazara de los muchachos que retozan afuera de las viviendas. La lluvia suave y silenciosa ha oscurecido más la negrura de aquel aldeorrio construido de tierra y piedras del volcán; y la noche que llega va deslustrando la frondescencia, y opaca la atmósfera, únicas claridades que recrean la vista en aquella obscuridad de objetos incoloros.

Media hora después de nuestro arribo, todo es negro al pie del reposado y ya invisible monstruo que yace mudo veinticinco años ha. Negros son los árboles, como las casas y los tapiales; negro como el suelo es el cielo, cubierto, desde el atardecer, con musco nublado. Parece que esta porción del planeta aun recibe la lluvia de ceniza que hacía desaparecer la claridad del firmamento y la forma y los colores de las cosas. La luz artificial que sale de tal cual puerta, como la que arroja á la calle el candil del farol suspendido en el ancho zaguán del mesón; se debilita al bañar el suelo y las fronteras albarradas; pierde su brillo, y es una luz mortecina y triste. Sin reflexión de sus rayos so-

bre las arenas, los adobes y las piedras ennegrecidos, fuera de la faja de luz que sale de las puertas la tiniebla es absoluta, como en los países lunares, en los sitios no bañados por el sol, á causa de la ausencia de atmósfera que descomponga y esparza su luz. En las calles oímos mugir las vacas, y no acertamos á pasar por donde no se hallen echadas. Las claridades que salen de las casetas lejenas, construidas en los altillos del lugar, parecen chorros de lava incandescente sobre El Ceboruco. Creeríase á Tetitlán abandonada de las gentes, como lo fué durante la erupción, y habitada por ganados errabundos, perdidos, que no daban con una guarida. Nada vemos en las calles, ni á un paso de distancia, si no es á lo lejos aquellas lumbres de lavas.

De súbdito fulgura en lo alto, hácia el volcán, el vivo resplandor de una inmensa llamarada invisible, como de una ígnea exhalación del cráter, y, allá, entre los negros conos que le rodean, se inflama una masa al parecer de vapores arrojados por las fumorolas: la Aldea Negra se ilumina con fulgor intenso é instantáneo..... Es un relámpago difuso, reflejo del relámpago lineal producido abajo del horizonte por lejana tormenta, y que da brillo á una nube que se eleva encima de El Ceboruco.

El Mesón de Tetitlán estaba repleto de huéspedes, en su mayor parte arrieros: las monturas y maletas llenaban los cuartos, las cargas el corredor y recuas y aparejos las corraladas. Nuestras caba-

herías quedaron en el patio, porque no había lugar en los macheros.

A eso de las diez de la noche, que *Duralis* y yo volvimos de pasearnos en las tenebrosas callejuelas, y de charlar con algunos aldeaniegos en sus negruzcas viviendas, donde á la puerta, ó sobre los tapiales ladraban los perros á nuestra llegada, ó al paso de invisibles reses ó marranos, el candil del zaguán del mesón, adentro del farol hollinoso, bañaba débilmente las enlucidas paredes, las masas inertes de los arrieros dormidos bajo sus mantas aborrahadas, y los bultos informes de los tercios y frangotes entre que yacían. En medio del silencio de aquel sombrío caserón, flotaban en la tibia atmósfera un rumor de respiraciones y ronquidos de aquellos hombres fatigados, y el canto de las achetas que preside en la magestuosa quietud de la noche tropical. A intervalos sonaba el golpe seco y duro de una patada de nuestras caballerías en el suelo, ó un tropel de mulas que se cocebaban allá en las cuadras.

Lejos del corredor, en sitio obscuro del patio, se oía un susurro, y se movían en el aire tres puntos rojos y luminosos, los que, ya se apagaban, ya se encendían. Era que nuestros mozos, allí cerca de nuestras bestias, á las que echaron maíz sobre costales tendidos en el empedrado, departían y fumaban en espera de nosotros.

Habían hecho nuestras camas en el corredor, sobre tablas puestas en alto, y la albura de las sábanas nos indicaba el sitio que nos correspondía

en aquella hacina de fardales y cuerpos humanos envuelta en la penumbra. Taperujados con ellas, que el calor no permitía abrigarse, nos hundimos en la nada misteriosa del sueño.

